

January 2004

Cuarenta años después

Eduardo Julio Rincón Vanegas

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rincón Vanegas, E. J. (2004). Cuarenta años después. *Revista de la Universidad de La Salle*, (38), 137-142.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Eduardo Julio Rincón Vanegas
Alumno Fundador de la Universidad de La Salle
Bogotá, noviembre 16 de 2004



DE LO DE LA SALLE - Una época de gloria



El 15 de noviembre de 1964, es de todos sabido, fiesta de San Alberto Magno, el evento que esta noche nos convoca lo recuerda, se firmó el Acta de Fundación de la Universidad de La Salle y unos meses más tarde, el 7 de marzo de 1965, fiesta de Santo Tomás de Aquino, el Cardenal Primado de Colombia, ilustre ex alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, celebraba la Eucaristía de Acción de Gracias, pero tal vez se ignora, algo no relevante pero sí interesante, que otro ex alumno, seleccionado al azar, oriundo de la costa norte para significar con ello la presencia de alumnos de diversas regiones del país, hacia uso de la palabra en nombre de los primeros 98 estudiantes durante la ceremonia que inauguraba el primer ciclo académico de la naciente universidad.

Cuatro décadas después, el personaje reseñado anteriormente, vuelve a hacer uso de la palabra, con la misma aprehensión por la solemnidad del momento, al igual que ayer, pero con emociones distintas. Las de hace 40 años con el entusiasmo y la insensatez de la juventud, hoy, más serenas pero no menos intensas, más concientes con el reposo que dan los años, pero con el mismo entrañable amor que despertaron desde el inicio de la primera etapa escolar, aquellos maestros, en la acepción más estricta y rigurosa del vocablo, herederos de los métodos didácticos del Santo de Reims.

A esta distancia en el tiempo, pienso que no fue ninguna casualidad, ni eventualidad del

destino que dos fechas cimeras en la génesis de la Universidad: 15 de noviembre y 7 de marzo, signan el patrocinio de dos figuras estelares de la Iglesia: San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Profesor y discípulo; aquél de éste. A San Alberto Magno el Papa Pío XII lo había declarado patrono de todos los que estudian ciencias naturales y sobre Santo Tomás de Aquino, el Papa León XIII recomendaba que su filosofía fuera la base de la enseñanza en las escuelas católicas. Se me ocurre reflexionar y afirmar que con aquellas fechas, el «Patrono de los Educadores», San Juan Bautista de La Salle, le señalaba un derrotero inequívoco a su universidad.

Como tampoco fue ninguna coincidencia que entre los primeros profesores y estudiantes se contaran no pocos egresados de diferentes planteles regentados por Hermanos de las Escuelas Cristianas y de distintas regiones del país: el espíritu lasallista comenzaba a irrumpir sin lugar a dudas, firme y evidente, en el nivel de la educación superior, era apenas justo si se tiene en cuenta que habían transcurrido algo más de 70 años desde cuando el primer Religioso de la Comunidad ingresó al país.



Era un deseo constante y persistente, a lo largo y ancho de Colombia, particularmente de quienes habían hecho primaria y bachillerato, bajó la égida de La Salle, continuar con los estudios superiores en una institución regentada por los Hermanos Cristianos. Era un anhelo de una lógica incontrastable. Se aspiraba a prolongar el sendero de formación que habían trazado aquellos maestros por excelencia: religiosos de corazón grande, espíritu generoso, emprendedor y magnánimo; vocación misionera, alma transparente, por momentos intransigentes, otras intensos, dirían los jóvenes de hoy, pero humildes y sencillos; científicos autodidactas algunas veces, pero no por ello menos doctos, de cristiana formación pedagógica, severa sin lugar a dudas, pero siempre humana; forjadores de Iglesia, patria y ciudades.

Centrándonos en la fecha que esta noche solemnemente se conmemora recordemos que el camino para llegar hasta hoy no fue nada fácil, las dificultades por momentos arreciaban, hubo momentos en que parecía que el barco zozobraba, pero la constancia, persistencia, valor y confianza en la Divina Providencia de quienes iniciaron la obra, de quienes la continuaron y de quienes la continúan, está a la vista: de una sede en arriendo, una modesta edificación de dos plantas, de cuatro o cinco habitaciones acondicionadas para salones de clase en la Avenida Caracas, con laboratorios y equipos alquilados a una institución de educación superior de la Nación, se pasó a tres imponentes y bien dotadas Sedes en el Centro, Chapinero y el Norte, con más de 200 aulas de clase, un Instituto de

Investigaciones Optométricas, una Clínica de Medicina Veterinaria, un Museo de Ciencias Naturales, 83 Laboratorios y Talleres, una Biblioteca con más de 95.000 volúmenes. De cuatro Facultades con cinco Carreras y menos de 100 alumnos, hoy se ofrecen 29 programas de Pregrado y 16 de Postgrado a los cuales asisten algo así como 12.000 o más estudiantes. Los 20 profesores de ayer hoy suman alrededor de 900 docentes.

Intentar bosquejar así sea brevemente qué han hecho y dónde están titulados en estas cuatro décadas, no es tarea fácil. Sabemos de la creación de empresas en diversos campos de la actividad profesional, silenciosa labor en el diseño y trazado y complicada construcción de obras en agrestes sitios de la geografía, interesante desempeño en posiciones de servicio, o, en el sosegado, no por ello menos loable, ejercicio de la cátedra o de la investigación. Se me ocurre que con un sencillo y especulativo análisis, «del efecto por virtud de la causa», intuir indirectamente los resultados: si en el *Alma Mater* no se formaron profesionales que aportan crecimiento y desarrollo, no sólo al interior del país sino más allá de las fronteras, ¿nuevos estudiantes acudirían hoy a la fuente en busca del conocimiento que despliegan los egresados? La semilla de la enseñanza cayó en tierra abonada para el estudio y ha rendido abundante fruto.

Pensando en los que han dejado el país para ejercer su profesión en otros sitios, viene a la memoria un erudito escritor romano¹, cuando unos años antes de iniciarse la era cris-

1 Marco Terencio Varrón (116 – 27 a.d.C)

Cómo nos duelen los que prematuramente fallecieron; cómo nos hubiera alegrado volver a verlos, hoy, aquí cuarenta años después. También nos duele la pobreza que nos rodea, la falta de amor al prójimo, la violencia que nos desangra, las desigualdades sociales, la falta de solidaridad humana, el recalcitrante individualismo, la obstinada arrogancia.

tiana, afirmaba que en las primeras sociedades humanas, las obras públicas, aquéllas que exigen la satisfacción de una necesidad colectiva, a los ejecutores, por la capacidad de encontrar soluciones adecuadas en cada caso, hizo que les rodeara de un cierto respeto y grado acatamiento, aunque la actividad que desarrollaran no estaba enriquecida por los elementos y conocimientos asombrosos de que dispone el médico quien al fin de cuentas atiende algo tan valioso y único como es la salud; los constructores de puentes, los «pontifices», así se les denominaba, escalaron posiciones que les significaron preeminencias en su entorno y cambio de territorio, fue tal vez la primera fuga de cerebros.

Cómo nos duelen los que prematuramente fallecieron; cómo nos hubiera alegrado volver a verlos, hoy, aquí cuarenta años después. También nos duele la pobreza que nos rodea, la falta de amor al prójimo, la violencia que nos desangra, las desigualdades sociales, la falta de solidaridad humana, el recalcitrante individualismo, la obstinada arrogancia.

Pienso que al intentar recordar esta noche los nombres y enseñanzas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas Fundadores de la Universidad de La Salle, en particular los de los Provinciales de la época, también los de los representantes de las Asociaciones Lasallistas y de padres de familia, el de los Rectores, Decanos y Profesores de la etapa «quijotesca» como definió alguien el impulso de aquel 15 de noviembre, se corre el riesgo, por la fragilidad de la memoria y la brevedad del tiempo, olvidar el de alguno. Sería imperdonable por decir lo menos.

Abstengámonos de mencionarlos por las razones antes expuestas y resaltar sus ejemplos de vida, tanto profesionales como de docentes; señalar así sea brevemente la magnitud de los conocimientos que compartieron e impartieron, además porque muchos ya no nos escuchan, ya fueron llamados a recibir su premio. Limitémonos sólo expresar con sinceridad y agradecimiento que sus nombres y enseñanzas, están grabados, unos y otras, con el buril de la gratitud en el corazón y el intelecto. Su figura está siempre presente mientras subsista un lasallista. ¡Sobre sus tumbas no crece la hierba del olvido!

Para los que si pueden escucharme y continúan su noble labor de maestros, también me abstengo porque temo, por lo mal hilvanado de mis palabras, violentar su sencillez y humildad.

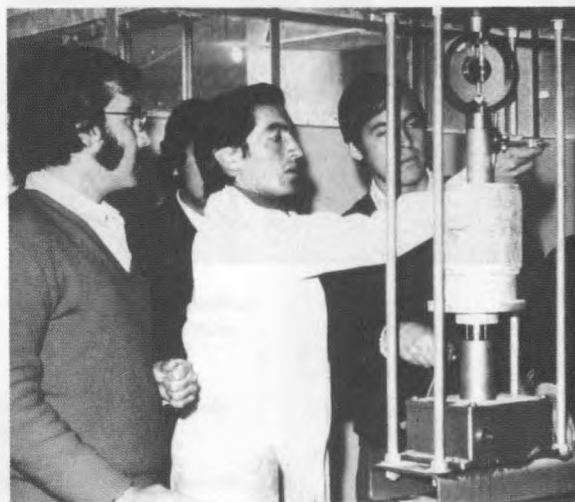
Pero para los unos y los otros, con sinceridad afirmo que los conocimientos adquiridos bajo su dirección, se explayan, expanden y agigantan, en constante flujo y reflujo, en un ir y venir, como acontece en el litoral de nuestras costas, cuando la brisa impulsa las olas, ora con serena tranquilidad, ora con ímpetu bravío, mientras robustecemos las enseñanzas que un día recibimos y que el ciclo de pendular transferencia, compartimos con los hijos, esperanzados en que a su vez ellos hagan otro tanto con los suyos.

La ocasión es propicia, por el significado del evento y el recinto que nos acoge, para resaltar algo innegable: a la generación de estudiantes fundadores y naturalmente a los que les siguieron en el devenir de estos cuarenta años, les correspondió asistir, tal vez admirados cuando no ensimismados, por los veloces y espectaculares acontecimientos acaecidos en la humanidad, tanto en lo social, como en lo científico y lo religioso. Convivir con una preconizada universalización de nuevas ideologías, bosquejos políticos de «tercera vía» incentivos para la superación de antagonismos tradicionales, como «izquierda-derecha» e inclusive, acentuado propósito por internacionalizar la justicia. Informarse sobre la manipulación de embriones me-

dante técnicas de clonación, sobre la secuenciación del genoma humano, o el diseño de la superautopista de la información, avances que maravillan y obligan a reflexionar desde los ámbitos universitario y profesional.

Saber de la existencia de, o casualmente haber tratado, personas que la Iglesia de hoy propone imitar señalados por el Papa Juan Pablo II como el «santo de la vida ordinaria»² o el «patrono de la Internet»³ invitándonos a «santificar el trabajo, santificarse con el trabajo, santificar a los demás con el trabajo», o, ejercer un apostolado dinámico con las ayudas tecnológicas actuales.

En el contexto anterior, pienso que cada día cobra más vigencia aquello de que «el Lasallista debe buscar sistemáticamente la verdad y la justicia y vivirlas sin ambigüedades, como base de un comportamiento responsable y honesto».⁴ Concepción síntesis



2 San José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

3 Beato Santiago Allberione, fundador de los Institutos Paulinos.

4 Marco Doctrinal de la Universidad de La Salle.

que va más allá de una preparación académica y científica y que encierra toda una norma de vida que no es distinta del espíritu de un buen cristiano y no podría ser de otra forma, puesto que Cristianismo y Lasallismo son linaje de la misma estirpe.

Recibir esta noche la Medalla 40 años de la Universidad de La Salle, con la cual se resalta la circunstancia de haber sido uno de los «estudiantes fundadores», es una distinción que las Directivas de la Universidad generosamente concibieron viable.

El cariño hacia la Institución de la cual me enorgullezco como egresado y el reconocimiento a quienes la regentan, otorgan la serenidad de espíritu indispensable para aceptar y agradecer el honor que se me concede. Solemne momento que aprovecho para invitar a todos los lasallistas a que acrecentemos y fortalezcamos, con el *Alma Mater*, una vigorosa relación, rica en nutrientes, de apoyo, de colaboración, y de respaldo, al igual que la savia que transita, de una rama a otra, en el mismo árbol.

Muchas gracias

Bogotá, noviembre 16 de 2004

